



LUIS FERNANDO CUETO

**LA CONSPIRACIÓN
DE NAVIDAD**

Cuentos de cuarentena

LA CONSPIRACIÓN DE NAVIDAD

Temprano, bajó al lobby, se apoltronó en un sillón de terciopelo, de cara al mar, y prendió su laptop. Antes de escribir, contempló, a través del enorme tabique de vidrio, los tumbos negros, la reventazón de las olas, la blanca espuma cubriendo la orilla plomiza. Jean-Paul Lefranc respiró hondo y cerró los ojos. Como una brisa fresca, la paz invadió su cuerpo; eso necesitaba, calma, sosiego, para hallar una solución definitiva a la urdiembre de adulterios y asesinatos que estaba escribiendo. La vida se le había complicado en los últimos tiempos, los amigos y los compromisos editoriales en París no le daban respiro. Y para colmo de males, Brigitte, su bella mujer, había añadido, a su costumbre de chatear todo el día, el horrible, insoportable vicio de fumar. Y ahora, en Sitges, frente al mar, el novelista esperaba que las palabras, las imágenes aflorasen en su mente.

Tres horas después, cerca del mediodía, solo había escrito una línea: “El agente literario tomó la determinación de eliminar esa misma noche a su mujer; ya no la soportaba más”. Eso no le ayudaba mucho, el nudo seguía ahí, sin poder desatarse. Bueno, pero no tenía por qué desesperarse, eso solía suceder, todos los escritores pasaban por lo mismo. Ya vendría la solución, en el rato menos pensado. Mejor voy a estirar las piernas. Metió la laptop en un maletín y se levantó de su asiento. Iba a dirigirse a la recepción cuando, en ese momento, una pareja descendió de un taxi e ingresó al hotel. La mujer estaba envuelta en un abrigo de piel, y el hombre traía encima un sobretodo gris. Gesticulaban, movían las manos, abrían las bocas; al parecer, discutían. Después de registrarse, cruzaron el lobby, camino al ascensor; el botones fue detrás de ellos, con una maleta en cada mano. Jean-Paul Lefranc pudo advertir

que hablaban en francés. La mujer le reclamaba al hombre, con voz airada: ¡Hasta cuándo vas a seguir con esa ramera!

El novelista se volvió a sentar. Prendió nuevamente su ordenador. Prosiguió la historia: “Hasta cuándo vas a seguir con esa ramera. Ese era su reclamo diario. Desde que ella descubrió el adulterio, él ya no pudo vivir en paz, la vida se le volvió insostenible. Tenía que ponerle un punto final a ese infierno. Tomó su teléfono móvil y envió un mensaje: ‘Esta noche hay fiesta. La entrada es libre’.

A medianoche, el sicario se registró en la recepción, cruzó el lobby y se introdujo en el ascensor. Salió en el quinto piso y caminó hacia la habitación 506. Empujó la puerta, e ingresó. La pieza estaba a oscuras; él prendió el reflector de su móvil. Caminó hasta la cama y levantó el nórdico. Ella dormía de costado, con una respiración serena. Él le tapó la boca y, al instante, le plantó un cuchillo por entre las costillas, a la altura del corazón. El trabajo estaba terminado; había resultado más sencillo de lo que esperaba. El sicario dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

-Un momento –dijo el marido.

-¿Qué sucede?

-Tienes que pegarme un golpe en la cara. Un golpe que me haga perder el conocimiento...

El sicario asintió. Apretó el puño, y le propinó un golpe fortísimo al marido, tan fuerte que le abrió una herida en el pómulo y lo derrumbó sobre la cama...”

El timbre del teléfono móvil cortó la historia. Jean-Paul Lefranc contestó. La voz de Brigitte irrumpió como un torrente:

-Te extraño, mi amor, no puedo vivir sin ti, no soporto estar sola en casa, quiero estar contigo, pasar Nochebuena contigo...

El escritor tuvo un segundo de debilidad, pensó que ella estaba triste, sufriendo de amor por él.

-Está bien, cariño -le dijo-, toma el primer avión y vente a Barcelona.

-¿Adivina dónde estoy? –Preguntó ella en un tono inusual, entre misterioso y pueril.

-No lo sé, querida.

-En El Prat. Ahora mismo tomo un taxi y voy para Sitges...

Él ya no pudo continuar escribiendo. Llamó al botones y pidió un Single Malt, puro, por favor, sin hielo. No lo podía creer. Ella ya lo había dispuesto todo de antemano. Y él se había dejado engatusar como un niño. Tomó un grueso trago de whiskey, y apretó las mandíbulas; sintió el sabor seco del roble, el amargo de la cebada malteada. Eso no estaba en sus planes. Justo cuando ya le estaba cogiendo el hilo al asunto, a ella se le ocurre venir. Ahora todo será más difícil. Es probable que no logre desatar el nudo.

Brigitte llegó apenas con un bolso de tela, vestida con falda escocesa, blusa blanca de crepé y un suéter verde de hilo; no llevaba abrigo pero parecía muy cómoda, muy contenta, como si no estuviera en invierno. Daba la impresión de que no había tenido tiempo de alistarse, como si el viaje la hubiera tomado de sorpresa. Abrazó con efusión a Jean-Paul y le dio un largo beso en la boca. Subieron a la habitación. Ella se desató a hablar, dijo, entre otras cosas, que, en esas horas de soledad, había descubierto que no podía vivir sin él, que lo amaba intensamente, demasiado. Se volvieron a besar. Hicieron el amor. Después se quedaron desnudos sobre la cama. Ella prendió un cigarrillo y cogió su móvil. Empezó a chatear. Jean-Paul meneó la cabeza; sonrió.

Permanecieron en la habitación toda la tarde. Él propuso que salieran a caminar, podríamos comer algo en el passeig de la Ribera, querida. Pero ella no aceptó, no tenía ropa apropiada para el frío, es que he salido corriendo, cariño, tenía urgencia por verte. Llamaron a la recepción y ordenaron que les suban la comida. En el ocaso, Jean-Paul revisó lo último que había escrito. No se quedó conforme. El episodio era muy burdo. El marido no tenía que mandar un mensaje por su móvil al sicario. Tampoco tenía que dejar la puerta abierta. Y el sicario no tenía que registrarse en el hotel. Con esas pistas, la policía va a descubrir de inmediato a los autores del crimen. Ese tinglado se cae por su propio peso.

Los lectores no son tan ingenuos como para comerse semejante bodrio. Lo voy a borrar todo y empezaré de nuevo. Claro, cuando me encuentre solo y tenga un poco de tranquilidad.

En la noche, llamaron un taxi y salieron a una boutique. Brigitte se compró un abrigo de tweed con tonalidades grises y rosas. Después fueron a un restaurante de la plaza del Ayuntamiento; cenaron, bebieron vino, y esperaron la llegada de la medianoche. Cuando sonaron las doce campanadas, brindaron y se desearon parabienes con los garzones y con un par de clientes solitarios. Regresaron al hotel a pie, abrazados por el largo malecón. Se acostaron y volvieron a hacer el amor. Se juraron amor eterno y se quedaron dormidos. En la madrugada, un bullicio los despertó. Unas personas discutían, peleaban, se lanzaban cosas en la habitación vecina. Luego se callaron, se calmaron, y todo el edificio quedó sumido en un pesado silencio. Jean-Paul intentó dormir de nuevo, cerró los ojos, pero unos timbrazos apremiantes lo sacaron de la modorra. Se levantó de la cama, abrió la puerta, y se encontró con dos mossos de esquadra. Uno era muy joven, imberbe; el otro, entrado en años, veterano, con bigotes entrecanos.

-¿Señor Jean-Paul Lefranc? –Preguntó el de bigotes.

-Sí, soy yo.

-Ok., ¿y su esposa?

-Está adentro... ¿Quiere que la llame?

No fue necesario que la llamara, porque ella, al saberse aludida, se levantó de la cama, se puso la bata de dormir, cogió su bolso, y salió a la puerta.

-Bien –dijo el policía veterano-. Acompañénnos.

En la habitación vecina, un hombre yacía en la cama, en medio de sábanas empapadas de sangre, con un puñal hundido entre las costillas, a la altura del corazón. El novelista sufrió una conmoción, quedó horrorizado.

-¿Lo conoce? –Le preguntó el policía joven.

-No.

-Eso es imposible. Mírelo bien.

Jean-Paul Lefranc aguzó más los ojos, y lo reconoció. Era el mismo hombre que, al mediodía, había ingresado al hotel discutiendo con su mujer. Y ella también estaba ahí, en el centro de la pieza, cubierta con su abrigo de piel, acompañada del botones.

-Lo vi ayer –dijo el novelista-, cuando llegó al hotel...

-Sí, ¿pero lo conocía?

-No.

-Esto no puede ser –se enfadó un poco el policía de bigotes-, si él era su representante, el famoso agente literario Marcel Rocamadour... -volteó a mirar al botones, y agregó-: ¿díganos, amigo, cómo fue el encuentro entre el occiso y este señor?

-Se saludaron como viejos conocidos –respondió el botones-, se abrazaron y se dieron besos en las mejillas...

El novelista se exasperó:

-Eso no es cierto –dijo-, este hombre está mintiendo. Pero, bueno, ¿para qué me han traído aquí?, ¿yo qué tengo que ver en todo esto?

-Vamos por partes –dijo el policía veterano, y volvió a preguntar-: ¿usted sabía que su mujer y el occiso eran amantes?

-No –contestó Jean-Paul Lefranc, contrariado-. Eso imposible. Acá debe haber un error. Ellos ni siquiera se conocían...

El policía joven cogió un teléfono móvil de la mesita de noche, y lo encendió; buscó los mensajes:

-Aquí hay una conversación entre su mujer y el occiso –dijo, y le entregó el aparato a Lefranc-. Lea – le ordenó a este-. Pero lea en voz alta, en castellano, para que escuchemos todos...

Jean-Paul Lefranc empezó a leer un tanto angustiado, nervioso:

“Mi amor, ya no soporto más, quiero verte”

“Yo también quiero verte, estoy como loco por ti”

“¿En qué hotel estás hospedado?”

“En Los Albatros”

“Creo que es el mismo donde está el idiota de mi marido, a ver, déjame ver, sí, es el mismo”

“No importa, ven a Sitges, acá nos damos maña para vernos”

“Sí, ahora mismo tomo un avión y voy detrás de ti”

“No tardes, cariño, ah, y tráeme un par de cajetillas de esos cigarrillos que tanto me gustan, que tanto nos gustan”

“Sí, mi vida, allá voy”

-Esta perra... -masculló la mujer del difunto, mirando con odio a Brigitte.

-Tranquila –Le dijo el policía imberbe-, cálmese.

El policía de bigotes revisó un cenicero, cogió un pucho. Alcanzó a leer la marca del cigarro. Enseguida le pidió a Brigitte que abriera su bolso. Ella accedió. Y él pudo ver las cajetillas, a la gitanita bailando en un fondo de humo azul. Asintió con la cabeza. Volteó a mirar al novelista.

-¿Sabe qué cigarros fuma su mujer? –Le preguntó.

-Gitanes –contestó Jean-Paul Lefranc, humillado, desconsolado.

Al escuchar esa palabra, Brigitte ya no pudo soportar la pena, el dolor, y rompió a llorar.

-Yo quise evitarlo –gimoteó. Sacó un móvil de su bolso, y se le entregó al policía de bigotes-. Le mandé un mensaje, pero, al parecer, él ya no pudo leerlo...

El efectivo buscó los mensajes. Efectivamente, ahí estaba, a las 4:55 a.m., la última comunicación. Leyó en voz alta, en castellano:

“Mi marido ya lo sabe todo, ahora va por ti, ten cuidado, lleva un cuchillo”

-¿Qué está pasando aquí? –Se encorajinó Lefranc-. Yo no me he movido de mi cama. No he hecho nada.

-Yo no me di cuenta de nada –dijo la viuda-, estaba profundamente dormida. Pero, cuando escuché el ruido, me desperté y prendí la lámpara. Era él, Jean-Paul, que acababa de apuñalar a mi esposo. Le rogué que ya no le hiciera daño, que lo dejara, pero él, antes de marcharse, se ensañó con el pobre Marcel, le propinó un fuerte puñete en el rostro. Es que, en el fondo, lo odiaba...

El novelista observó con mayor detenimiento al occiso y descubrió que, en efecto, este tenía una herida abierta en el pómulo derecho. Se sintió apabullado, llegó a creer que la mujer había leído la historia que él estaba escribiendo, y ahora la utilizaba para perjudicarlo. No obstante, en medio de su atolondramiento, alcanzó a protestar:

-Eso no es cierto, acá hay una gran confusión. Yo no he hecho nada.

Brigitte dejó de llorar:

-Esta mujer no dice toda la verdad –dijo-. Mi esposo no tenía la llave de su habitación, ¿cómo se supone, entonces, que entró?

-Ese es un buen punto –comentó el policía de bigotes. Luego se dirigió a la mujer del fallecido-: ¿Puede entregarme su teléfono?

La viuda bajó los párpados, y metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Sacó un móvil, y se lo dio al policía. Este revisó los mensajes. Encontró uno, enviado a Jean-Paul Lefranc justo a las doce de la noche. Volvió a leer en castellano:

“Esta noche hay fiesta. La entrada es libre”

-¡Esto no puede ser! –Se desesperó el escritor-. Yo soy inocente. Esta mujer es la única autora de este crimen, pero me quiere comprometer, utiliza una trama mía para envolverme...

-Todo el mundo en París sabía que mi marido mantenía un romance con la mujer de Jean-Paul Lefranc –empezó a confesar la viuda-. Él también lo sabía, pero prefería hacerse el de la vista gorda por conveniencia, porque Marcel se encargaba de transformar en best-sellers sus bodrios. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un hazmerreír, en el cornudo más famoso de Francia. Entonces se propuso lavar el poco honor que le quedaba. Se contactó conmigo y, juntos, decidimos acabar con la vida de mi esposo esta Navidad, aquí, en Sitges. Pero yo ya sabía que todo iba a salir mal, Jean-Paul Lefranc nunca fue bueno para armar coartadas...

El novelista dio unos pasos erráticos en la pequeña sala, y se derrumbó en un sofá. Se llevó las manos a la cabeza. Ya no podía soportar lo que estaba sucediendo. La versión de la viuda de Rocamadour parecía contundente, inobjetable; lo llevaba al fondo del abismo, del desquiciamiento. Tenía la sensación de que estaba perdido, atrapado en una de sus historias. Sus súbditos, aquellos fantoches que él manejaba a su antojo, como un tiranuelo, se habían sublevado y actuaban ahora en su contra.